

“¡Jesús ha resucitado!”*(Mc. 16:6)*

Job 19:23-27a; 1 Co. 5:6-8; Mc. 16:1-8

Jesús,
Cap. Miranda
Hohenau.Sermón

La esperanza del cristiano está puesta en la resurrección. ¡Cristo ha resucitado! Así confiesa Job: “Yo sé que mi Redentor vive... y después de desecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios” (Job. 19:25a, 26). La resurrección física de Jesucristo de la muerte es la base de nuestra fe. Sin resurrección no hay esperanza de vida más allá de la muerte. Todo queda en un triste final. “Murió, y fue sepultado, y todo terminó”, dicen algunos. Pero este es un pensamiento ateo, no cristiano. El cristiano dice: “Es verdad, la muerte es una cosa terrible, pero no tiene la última palabra; la última palabra la tiene Jesús, que venció a la muerte, pues él resucitó de la muerte y la ha vencido”.

En el evangelio según san Marcos se nos relata que algunas de las mujeres “el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, ya salido el sol” (Mc. 16:2). No encontraron el cuerpo de Cristo. Pero se encontraron con un ángel quien les anunció la buena noticia: “No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde lo pusieron” (Mc. 16:6). Sin embargo, “ellas se fueron huyendo del sepulcro,... ni decían nada a nadie, porque tenían miedo” (Mc. 16:8).

El ángel les dice “no os asustéis”, porque la naturaleza del ángel es tal, que a los sentidos su santidad despierta en nosotros el sentimiento de temor. Uno no se cruza con un ángel todos los días. Por eso sienten temor las mujeres, y por eso lo primero que hace el ángel es tranquilizarlas. Luego les anuncia que Cristo ha resucitado: “Buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí”.

Las mujeres habían ido al sepulcro para unguir el cuerpo de Jesús con especias aromáticas, con óleos y perfumes. Tal era la costumbre entre los judíos. Pero se encuentran con la tumba vacía. El ángel les dice: “Ha resucitado, no está aquí”. ¡Qué buena noticia! ¡Cristo vive! Jesús se levantó de entre los muertos. Venció a la muerte en persona. La muerte no lo pudo derrotar. Al contrario, Cristo venció a la muerte. Por su muerte, venció a la muerte, y por su gloriosa resurrección, nos consiguió la resurrección y la vida eterna. ¡Sorbida es la muerte en victoria! (1 Co. 15:54).

También les dice el ángel a las mujeres: “Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado”. El mismo Jesús que murió en la cruz es aquel que resucitó. Es la misma persona la que experimentó la muerte y la que se levantó vivo al tercer día. No se trata de una reencarnación sino de una resurrección. Cristo no abandonó su cuerpo para resucitar en el cuerpo de otra persona. No dejó su cuerpo para reencarnarse en un ser superior. No ascendió hacia la iluminación o “nirvana” de los budistas, sino que al morir descendió al mismo infierno para ir a predicar su victoria en la cruz delante de los espíritus infernales. Como escribe san Pedro: “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca” (1 Pe. 3:18-20a).

La misma persona que murió, al tercer día resucitó en su mismo cuerpo. De eso dan testimonio en el cuerpo de Cristo las marcas de los clavos y de la lanza en el costado. La noche del domingo, Jesús se apareció a los discípulos. “Les dijo: Paz a vosotros. Y cuando les hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor”. De modo que, queridos hermanos, no podemos ser cristianos y creer en la reencarnación. Si somos cristianos, confiamos tan solo en la resurrección de Jesucristo y en la nuestra también, por la fe en Aquel que “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Ro. 4:25).

La tercera cosa que el ángel dice a las mujeres, es lo siguiente: “No está aquí; mirad el lugar en donde lo pusieron”. Cuando llegaron a la tumba, ellas habían visto la piedra removida, y “entraron en el sepulcro” (Mc. 16:5). Allí es donde vieron al ángel, que tenía el aspecto de “un joven sentado al lado derecho” (Mc. 16:5) de la losa en la cual recostaron el cuerpo de Cristo. “No está aquí”. Él ángel les dice claramente que Jesús ya no está presente en ese sitio, ni su cuerpo ni su espíritu. En el momento de la muerte, el alma se separa del cuerpo. Eso es morir. Y el alma, según haya sido la fe de la persona, o va al cielo, si confió en Jesús como su Salvador y Dios, o al infierno, si confiaba más en el dinero y las riquezas, en sí mismo, y en las cosas del mundo. El destino eterno de una persona se decide en el momento mismo de la muerte, y no hay vuelta atrás. “Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Heb. 9:27-28).

Ahora bien, los muertos en Cristo están descansando con el Señor en el Paraíso. Están en el cielo con Dios, esperando el día de la resurrección física, día en que el alma de dicha persona se unirá de nuevo con su cuerpo sepultado, solo que esta vez será con un aspecto nuevo, glorioso, resucitado, a semejanza del cuerpo glorioso de Cristo. En 1 Corintios cap. 15 san Pablo hace la comparación entre la semilla y la planta que brota de esta, para que comprendamos mejor este misterio de nuestra fe. Así como se siembra una semilla, y luego de la misma surge una planta, así también sucede como un cuerpo que es sepultado en la tierra: cuando muere es sepultado, y cuando resucita lo hace con un aspecto renovado, glorioso. La semilla y la planta son diferentes, pero al mismo tiempo son la misma cosa, solo que en tiempos diferentes. De la misma manera, la persona que es sepultada y la que resucite después, son la misma persona, aunque antes y después su aspecto sea diferente. “Se siembra en deshonra, resucitará en gloria... Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual” (1 Co. 15:43, 44). Este es un misterio de nuestra fe, el cual confesamos cuando decimos en el Credo: “creo en la resurrección de la carne.

Al igual que los discípulos reconocieron a Jesús resucitado, como la misma persona que había sido crucificada tres días antes, así también podemos suponer que en el día de la resurrección de los justos vamos reconocernos. En la visión del libro del Apocalipsis, san Juan pudo reconocer en el cielo a millares de millares de personas bien definidas, con sus propias características, de rostros diferentes y culturas diferentes. Escribe: “Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos, y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero” (Ap. 7:9-10). “Entonces veremos cara a cara” (1 Co. 13:12).

El ángel contestó a las mujeres: “No está aquí”. Con esto quiso decirles lo mismo que escribe san Pablo después: “Nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (1 Co. 5:7). Ustedes pueden ver dónde pusieron el cuerpo, pueden volver a visitar la tumba de un familiar fallecido; pueden volver a recordar sus rostros, ver sus fotos, conservar sus cosas. Pero eso no es lo más importante. Recuerden, lo más importante es esto: “¡Cristo vive!” El dolor de la pérdida de un familiar, no se puede comparar con la alegría que tendrás de volver a verlo en la resurrección de los justos.

Sin embargo, las mujeres, de tanto miedo que tenían no dijeron nada a nadie (Mc. 16:8). Ustedes no hagan la misma cosa, no sigan ese mal ejemplo. Ustedes cuenten de la vida que hay en Jesús, que él ha resucitado. Cambien el silencio por confesión de fe: el Señor Jesús es “la resurrección y la vida” (Jn. 11:25). No se dejen hundir en la desesperación, no permitan que sentimientos de abatimiento consuman su ser, no dejen que la muerte les infunda temor. ¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo vive! Entonces yo también, mediante la fe, vivo por él. “Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia” (Flp. 1:21). Con fe y esperanza, en Pascua anunciemos delante del mundo entero: “Yo sé que mi Redentor vive” (Job. 19:25). ¡Mi Redentor vive! La muerte ha sido vencida, y la tristeza se ha cambiado en gozo. No teman, Jesús ha resucitado, y vive para siempre; por la fe nosotros también. Amén.